

ERASMO de ROTTERDAM

por Alberto Lasplacas

EL 11 de julio de 1536, —hace ya cuatro siglos,— se extinguió en Basilea, silenciosamente, la vida de Erasmo de Rotterdam, la más destacada cumbre del humanismo renacentista, tipo original de intelectual puro cuyas doctrinas y cuya influencia se han transmitido hasta nosotros a través de los siglos, impresas en un corto número de páginas satíricas o analíticas que le han asegurado la bienaventuranza de la inmortalidad. Nada tiene de particular que las ideas y la vida de Erasmo seduzcan todavía a los amantes de lo extraordinario, que mucho más que en las creaciones de la fantasía suele encontrarse en los calumniados dominios de la realidad. La existencia toda del humanista puede arrancarse del tumultuoso escenario del Renacimiento, y aunque su carácter y sus preferencias ideológicas lo hacían permanecer constantemente aislado de la turba y encerrado en una especie de torre de marfil, que como la concha del caracol llevaba consigo, nadie estuvo más estrechamente que él en contacto con su tiempo, nadie conoció más profundamente a sus contemporáneos ni intentó hacerlos más bien, siendo implacable con sus errores y con sus fanatismos, y nadie sufrió más hondo las preocupaciones de la hora y las angustias colectivas.

La constatación de Erasmo con su época fué tan completa en el terreno de la evolución de las corrientes filosóficas y religiosas que difícilmente podrían explicarse unas sin el otro y vice-versa. Como bien dice Stephan Zweig, en el momento de la culminación de su fama, — que llegó a ser mayor que la de cualquier otro de sus contemporáneos en la Europa occidental de principios del siglo XVI.— Erasmo adquiere la estatura excepcional de un hombre representativo, centro e impulso de las nuevas corrientes vivificadoras que van a sustituir por las elásticas fórmulas modernas los dogmas rígidos del Medio Evo. Su figura no está prestigiada por el sufrimiento y el martirio, como la de su entrañable amigo Tomás Moro, el soñador de la "Utopía", que la iglesia católica ha canonizado recientemente. Ni ofrece las apasionantes aventuras de Martín Lutero ni de Inigo de Loyola, iluminados, hombres de acción arrojados al tumulto del mundo con su idea fija como una lanza o un ariete entre las manos. Ni disputa con las autoridades políticas o religiosas, ni las condena, negándose a contradecirse como Giordano Bruno o Savonarola. No. Erasmo, espíritu pacífico y tímido, no lucha en la apariencia; no busca herir directamente a nadie; elude con prudencia todo roce que pueda perjudicarlo; ni siquiera aconseja la energía y menos aún la violencia para la conquista de los fines fundamentales. Busca pasar desapercibido, huésped poco molesto en casa de amigos dilectos y ricos; corrector en oscuras imprentas; refugiado en conventos apacibles, y viajando infatigablemente por todos los caminos de Europa. A pesar de todo, y por obra exclusiva del milagro de sus libros que recorren en triunfo el continente, su fama

surge un día y se va acrecentando hasta adquirir proporciones únicas hasta entonces, en un seglar como él de cuna humilde y de infamante origen. "En aquellos días tan aprovechados, —atestigua Ernesto Denis en su "Historia de Alemania y la Reforma"— que fueron como la flor radiante de la humanidad renaciente a la esperanza y a la vida, en la época de Miguel Ángel, de Dürero, de Rafael cuando Budé renovaba el estudio del griego y Reuchlin fundaba la ciencia hebraica, y Copérnico discurría su libro sobre las revoluciones de los globos celestes, todas las glorias se eclipsaron ante la de aquel literato que conquistó un reino en el humanismo. Aquel hijo del acaso, cuya juventud creció sin caricias y sin alegrías, arrojado al claustro a los veinte años por un cansancio precoz y que curado pronto de sus ilusiones vagó por todas las carreteras de Europa, necesitado y sospechoso, ejerció en los espíritus un dominio casi oficial.

Los reyes y los papas, los cardenales y los príncipes solicitaban el honor de cartearse con él y sonreían, devotamente, cuando les disparaba alguna pulla. Erasmo era como sinónimo de excelente y de infalible. Cuantos sentían el culto de la verdad o pasión por las letras, se proclamaban discípulos suyos. Aplacaba, fortalecía y consolaba. Discipulo directo de los neoplatónicos de Florencia no sacrificó la religión a la filosofía sino que persiguió la reconciliación del cristianismo con la antigüedad. De ello esperaba el advenimiento de un periodo de luz y de paz en que el mundo, emancipado, al fin, de los odios, de las contiendas dogmáticas, y de los litigios escolásticos, adelantara confiadamente hacia un ideal cada vez más etéreo de ciencia y de pureza moral."

Lo maravilloso en la vida de Erasmo fué esa celebridad, conquistada tan limpiamente, que llegó a ser vecina a la santidad, a la deificación. Se admiraba en él al "homo sapiens", al genio intelectual, al hombre que decía las cosas más extraordinarias en nombre propio, sin pre-

tender, cosa tan común en aquella época, ser intermediario ni portavoz de ninguna divinidad. Para volver a encontrar un caso semejante habría que ir hasta Voltaire, el de Ferney, o hasta Goethe, impasible en medio de la tormenta. Lo más original está en que Erasmo fustigó cruelmente en sus libros, en sus libelos y en sus cartas los errores, vicios y debilidades de los mismos que

casi lo adoraban, y que contribuyó, más que otro ninguno al quebrantamiento de instituciones seculares que lo proclamaban como el más destacado de sus defensores; la monarquía y la iglesia. Como todos sus biógrafos, se ha sentido seducido por esos ilogismos, por tales contradicciones, inexplicables, sobre todo, en un mundo semi-bárbaro todavía, que comenzaba a libertarse, penosamente de las tinieblas medioevales. Su misma e intensa cultura grecorromana tenía que indisponerlo con un ambiente sobesaturado de pequeñas y empeñadas disputas teológicas despenadas por la pendiente de una escolástica intrasigente y sofística que proclamaba "a priori" la falsedad y la vanidad de cualquier esfuerzo independiente en materia religiosa y filosófica, calificándolo de pecaminoso y herético y castigándolo con la excomunión o la hoguera. Sin embargo, no hubo para Erasmo ni persecuciones ni reproches, ni enmiendas. Si Lutero después de ser su amigo, luchó violentamente contra él, fué porque después de haber sido uno de los elementos más eficaces en la preparación del gran movimiento de la Reforma, se negó después a plegarse ostensiblemente a su causa, aunque sin condenarlo tampoco, salvo en los procedimientos empleados por el monje alemán para hacerla efectiva, que le parecieron siempre inadecuados por lo brutales y estridentes. Fué aquélla una querrela de temperamentos más que de convicciones, no coincidiendo con la discreción y el buen gusto de Erasmo, el plebeyismo es-

Erasmo de Rotterdam

(1520)



Labre Vd misma su belleza

